

blaré de las costumbres, ni de la educacion, ni de los usos de V., en ninguna manera puestos en relacion con la vida de Paris, y que no cuadrarian sin duda alguna con mis ultteriores proyectos. Yo pienso tener una gran casa, bien montada, para recibir en ella á las jentes de gran tono; y, si mal no me acuerdo, V. prefiere á todo esto la vida tranquila y sosegada. No, seré mas franco, y quiero hacerla á V. árbitra de mi situacion; V. debe conocerla, y tiene derecho de juzgarla. En el dia poseo sesenta mil libras de renta. Esta fortuna me permite unirne á la familia de Aubrion, cuya heredera jóven de diez y ocho años, me da en su casamiento un nombre, un título, la plaza de jentil-hombre de cámara de su Majestad, y una posicion de las mas brillantes. Aseguro á V., querida prima, que no amo en lo mas mínimo á la señorita de Aubrion; pero, por su alianza, aseguro á mis hijos una situacion social, cuyas ventajas les serán algun dia incalculables: porque las ideas monárquicas parece van tomando imperio, y mas tarde mi heredero que será marques de Aubrion, con un mayorazgo de treinta mil libras de renta, podrá ocupar en el estado el lugar que bien le parezca elegir. Nosotros nos debemos á nuestros hijos. Ya ve V., querida prima, la buena fe con que le espongo el estado de mi corazon, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es posible que por su parte ha-

ya olvidado V. nuestras puerilidades, despues de siete años de ausencia: pero yo no he olvidado ni su induljencia de V., ni mis palabras; me acuerdo de todas, aun de aquellas dadas con mas lijereza, y de las que un hombre menos reflexivo, y de un corazon de menos probidad y menos juvenil que el mio, no se acordaria ya, ni haria caso. Diciéndola á V. que no pienso hacer mas que un casamiento de especulacion, y que me acuerdo de nuestros amores de infancia, ¿no es esto ponerme enteramente á su discrecion, hacerla á V. dueña de mi suerte, y decirle que si es menester renunciar á mis ambiciones sociales, me contentaré voluntariamente con aquella simple y pura felicidad de que V. me ha ofrecido tan alagüeñas imágenes? ”

Carlos Grandet talareaba el aria *non più andrai*, al firmar.

“Su afectuoso primo,

“Carlos.”

—Cuerpo de Cristo! cuanta cosa es menester decir. Luego buscó una órden que encerró en la carta.

“P. D. Incluyo una órden para la casa de Grassins de 8,100 francos, pagaderos en oro, que comprende el capital é intereses de la suma que tuvo V. la bondad de prestarme. Estoy esperando de

Burdeos una cajita llena de algunos objetos, que me permitirá V. ofrecerla en testimonio de mi eterno reconocimiento. *Por la diligencia* podrá V. remitirme mi *necessaire*, que dirigirá V. á M. Grandet, casa de Aubrion, calle de Hillerin-Bertin.»

— ¡*Por la diligencia!* dijo Eugenia. Una cosa por la que yo habria dado mil veces la vida!

Espantoso y completo desastre. El bajel se iba á pico sin dejar ni una cuerda, ni una tabla en el vasto oceano de la esperanza.

Ciertas mujeres, al verse abandonadas, van á arrancar á su amante de los brazos de una rival, la matan y huyen al fin del mundo, yendo á parar á un cadalso ó á la tumba. Esto sin duda es brillante, el móvil de tan noble crimen es una pasion sublime que impone á la justicia humana; otras mujeres bajan la cabeza y sufren en silencio, van moribundas y resignadas, llorando y perdonando; rogando y acordándose hasta su último suspiro. Esto es amor, amor verdadero, amor de ángeles, amor noble que se alimenta de su dolor y muere con él. Este fué el sentimiento de Eugenia, despues de haber leído la horrible carta. Clavó los ojos al cielo pensando en las últimas palabras de su madre, que parecida á algunos moribundos, habia echado una ojeada lúcida y penetrante sobre el porvenir; Eugenia al acordarse de aquella muerte y vida proféticas, midió

con una mirada todo su destino. No tenia mas que desplegar sus alas, dirigirse al cielo, y vivir entre súplicas y llanto hasta el dia de su muerte.

— Mi madre tenia razon, dijo llorando, sufrir y morir!

Encaminóse á pasos lentos hácia la sala, sin pasar, contra su costumbre, por el corredor. Pero allí encontró tambien como por todas partes el recuerdo de su primo; encima de la chimenea habia un platillo de que se servia todos los dias para su desayuno.

Aquella mañana debia ser solemne y llena de acontecimientos para ella: Mariana anunció el cura de la parroquia.

Este cura, pariente de los Cruchot, entraba en los intereses del presidente de Bonfons. Hacia algunos dias que el viejo abate habia determinado hablar á la señorita Grandet, en un sentido puramente relijioso, de la obligacion en que se hallaba de contraer matrimonio. Al ver á su pastor, Eugenia creyó que venia á pedir los quinientos francos que daba mensualmente á los pobres, y mandó á Mariana que fuese por ellos: pero el cura se puso á sonreir.

— Hoy vengo, señorita, para hablar á V. de una pobre niña por la cual se interesa todo Saumur, y que, falta de caridad para sí misma, no vive cristianamente.

— ¡Dios mio! señor cura me halla V. en una ocasion en que me es imposible pensar en mi prójimo pues estoy toda ocupada de mi misma. Soy muy desgraciada! no me queda otro refugio que la iglesia, sí, la iglesia tiene un seno bastante capaz para contener nuestros dolores y sentimientos, bastante rico para consolar nuestros males.

— Y bien, señorita, ocupándonos de esta jóvenes ocuparemos tambien de V. misma. Tenga V. la bondad de prestarme atencion. Si quiere V. su salvacion no tiene mas que dos caminos que seguir: ó dejar el mundo, ó cumplir sus leyes; obedecer al destino terrestre ó al destino celestial.

— ¡Ah! la voz de V me habla en un momento en que queria oir una voz. Sí, el cielo le ha conducido á V. aquí. Voy á despedirme del mundo, y vivir para Dios solo en el silencio y la soledad.

— Es necesario, hija mia, reflexionar por largo tiempo esta violenta resolucion. El matrimonio es un sacramento; el velo es la muerte.

— ¡Muy bien! la muerte! la muerte pronto, señor cura! dijo con profunda vivacidad.

— ¡La muerte! pero V. tiene grandes obligaciones que cumplir en la sociedad, señorita. ¿No es V. la madre de los pobres á quienes da V. el abrigo, fuego en el invierno y trabajo en el verano? La fortuna de V. es un préstamo que es menester pagar; y V. la ha aceptado santamente así.

Encerrarse en un convento seria egoismo. Por otra parte, tal vez perderia V. su inmensa fortuna; bien pronto tendria V. mil procesos, y se veria engolfada en inesplicables dificultades. Crea V. á su pastor: un esposo le es á V. útil, debe V. conservar lo que Dios la ha dado. Háblola como á una oveja descarriada, V. ama demasiado sinceramente á Dios, para no procurar su salvacion en medio del mundo, del que es uno de los mas bellos adornos y al cual dá santos ejemplos.

En aquel momento se hizo anunciar madama de Grassins, que iba llevada por la venganza y el despecho.

— Señorita, dijo al entrar. Ah! está aquí el señor cura. Me retiro, venia á hablar de negocios, y veo están Vds. ocupados en una gran conferencia.

— Señora, dijo el cura, dejo á V. el campo libre.

— Oh, señor cura, dijo Eugenia, vuelva V. dentro de breves ratos; el apoyo de V. me es muy necesario en este instante.

— Sí, en verdad, querida mia, dijo madama de Grassins.

— ¿Qué quiere V. decir? preguntaron á la vez Eugenia y el cura.

— Es que no ignoro la vuelta de su primo, su casamiento con la señorita de Aubrion.... Una mujer jamás tiene su talento en la faltriguera.

Eugenia se ruborizó y quedó muda; pero luego,
Tomo IV.

tomó el partido de afectar en adelante el impasible continente que tenia su padre.

—Y bien, señora, respondió con ironía, yo tengo sin duda el talento en la faltriquera, porque no comprendo... Hable, hable V. delante del señor cura, ya sabe V. que él es mi director.

—Muy bien, señorita, aquí tiene V. lo que Grasin me ha escrito; lea V.

Eugenia leyó la siguiente carta:

QUERIDA ESPOSA:

«El señor Grandet ha llegado de las Indias y se halla en París hace un mes...

—Un mes! se dijo Eugenia, dejando caer su mano, y continuó:

«Me ha sido forzoso hacer antecámara dos veces antes de poder hablar á este futuro conde de Aubrion. Aunque todo París habla de su casamiento, y aunque sus monestaciones estén publicadas...

—Me escribia pues en el momento en que...

No acabó la frase, ni exclamó como una parisiense:

—«*Malvado!*» Pero, aunque no fué espresado, no por esto el desprecio dejó de ser menos completo. «este casamiento está lejos de efectuarse; el marqués de Aubrion no dará su hija al hijo de un

bancarrotero. He ido á darle parte de los cuidados que su tío y yo hemos tenido en los negocios de su padre, y de las hábiles maniobras con que hemos sabido entretener á los acreedores hasta hoy día, y el impertinente ha tenido la desfachatez de responderme, á mí, que durante cinco años me he desvelado día y noche por sus intereses y por su dicha, *que los negocios de su padre no eran los suyos*. Un agente tendria derecho á pedirle treinta ó cuarenta mil francos de honorarios á uno por ciento de la suma de los acreedores; pero paciencia, es bien lejítimo que debe á los acreedores dos millones, y voy á declarar á su padre en quiebra. Me he embarcado en este negocio bajo la palabra de ese zorro viejo de Grandet, y he hecho promesas en nombre de la familia. Si el señor conde de Aubrion no hace caso de su honor, el mio me interesa mucho; así pues, voy á esplicar mi situación á los acreedores. Sin embargo, tengo demasiado respeto, con la señorita Eugenia, por la alianza que en tiempos mas felices habíamos pensado, para obrar sin que tú le hayas hablado de este negocio...»

Aquí Eugenia volvió friamente la carta sin acabar su lectura.

—Doy á V. mil gracias, dijo á madama de Grasin, *ya veremos esto...*

—En este momento tiene V. la misma voz que su difunto padre, dijo aquella.

—Señora, dijo Mariana, debe V. darnos ocho mil y cien francos en oro.

—Es verdad, tenga V. la bondad de venir conmigo, madama Cornoiller.

—Dígame V., señor cura, dijo Eugenia con una noble sangre fria, que le sujerió el pensamiento que iba á espresar. ¿Seria pecado mortal permanecer vírjen en el matrimonio?

—Este es un caso de conciencia, cuya solucion no conozco aun. Si quiere V. saber lo que con respeto á ello dice en su *Tratado de matrimonio* el célebre Sanchez, mañana la podré á V. satisfacer.

Y el cura se retiró.

Eugenia subió al gabinete de su padre, y pasó allí todo el día sola, sin querer bajar á la hora de comer, apesar de las instancias de Mariana; y solo al anochecer, cuando comparecieron los contertulios, se presentó en aquella sala, que jamás fué tan concurrida como aquella noche. La noticia de la llegada y de la falsa traicion de Carlos, se habia divulgado por toda la villa: pero apesar de lo que fué atenta la curiosidad de los tertulianos, no pudo ser satisfecha. Eugenia, que la comprendia perfectamente, no dejó vislumbrar en su rostro lleno de calma ninguna de las crueles emociones de que se hallaba ajitada. Supo revestirse de una figura serena y de un aire tan risueño que nada dejó ver á los que querian atestiguar su interés en sus miradas ó palabras me-

lancólicas. Supo, en fin, encubrir su desgracia con el velo de la urbanidad.

A eso de las nueve se acabaron las partidas, y se levantaron los jugadores de la mesa, discutiendo los últimos golpes del wisth y reuniéndose al círculo de la tertulia. Entonces cuando la reunion se levantó en masa para despedirse hubo un cambio de teatro que resonó por todo Saumur y sus cercanías, y del que se habló hasta en las cuatro prefecturas de aquel contorno.

—Espérese V., señor presidente, dijo la heredera al señor de Bonfons, al verle tomar la bengala.

A esta palabra no hubo ni uno de aquella numerosa reunion que no quedase estupefacto. El presidente palideció y vióse obligado á sentarse.

—Al presidente han caido los veinte y un millones, dijo la señorita de Gribeaucourt.

—Está claro, el presidente de Bonfons se casa con la señorita Grandet, exclamó madama de Orsonval.

—Hé aquí el mejor golpe de la partida, dijo el abate.

—Esto es un magnífico *schleem*, (34) dijo el notario.

Cada cual echó la suya; y todos veian á la heredera montada sobre sus veinte y dos millones como sobre de un pedestal. El drama empezado nueve años atrás iba á tener su desenlace. Decir al presidente que se quedase á la faz de todo Saumur, ¿no

era esto anunciar que le elegía por esposo? En las poblaciones pequeñas las costumbres metódicas son tan severamente observadas, que una infracción de este jénero constituyé la mas solemne de todas las promesas.

— Señor presidente, le dijo Eujenia con una voz animada, luego que estuvieron solos, yo sé lo que le agrada á V. de mí. Júreme V. dejarme libre toda la vida, sin recordarme jamás ninguno de los deberes del matrimonio, y mi mano es de V.—Oh! no se lo he dicho todo, dijo al verle doblar las rodillas, no debo engañarlo á V., caballero. Tengo aquí en el corazon un sentimiento inestinguible. La amistad será el único sentimiento que podré conceder á mi esposo. No quiero ofenderle ni contravenir á las leyes de mi corazon; pero V. no poseerá mi mano ni mi fortuna sino á precio de un inmenso servicio.

—Estoy pronto á todo, dijo el presidente.

—Aquí tiene V. dos millones y algunos cientos mil francos, señor presidente, añadió sacando papeles de su seno. Parta V. sin esperar á mañana, sino esta misma noche, ahora mismo. Vaya V. á Paris, á casa de M. de Grassins, pregunte V. el nombre de todos los acreedores de mi tio, reúnalos V., págueles cuanto se les debe, capital é intereses al cinco por ciento, desde el dia de la deuda hasta el de su reembolso, y mándese V. hacer una libranza por manos de notario y en toda forma. V. es majistrado y

me fio de V. en este negocio, como de un hombre leal, y hombre de bien; yo me embarco en la fé de su palabra para atravesar los peligros de la vida al abrigo de su nombre. Tendrémos el uno por el otro una mútua induljencia. Nos conocemos ya de largo tiempo y somos casi parientes; no querrá V. hacerme desdichada.

El presidente cayó á los piés de la rica heredera palpitando de alegría y de angustia.

—Seré el esclavo de V.! exclamó.

—Cuando tenga V. la libranza, continuó echándole una fria mirada, la llevará V. con todos los títulos al Sr. Grandet, y le pondrá en sus manos esta carta. A la vuelta estoy pronta á cumplir mi palabra.

El presidente comprendió que debia la señorita Grandet á un despecho amoroso. Asi es que se apresuró á cumplir sus órdenes con la mas escrupulosa ecsactitud, á fin de no dejar tiempo á una reconciliacion entre los dos amantes.

Luego que hubo partido, Eugenia cayó sobre el sofá y rebotó en lágrimas. Todo se habia consumado.

El presidente tomó la posta, y llegó á Paris el dia siguiente por la tarde. La mañana siguiente al dia de su llegada presentóse á M. de Grassins. El banquero convocó á los acreedores en el estudio del notario en que estaban depositados los títulos, y nadie hizo falta. Aunque fuesen acreedores es preciso hacerles justicia, todos fueron ecsactos.

Allí el señor Presidente de Bonfons, en nombre de la familia Grandet, les pagó el capital é intereses debidos; cosa que fué para el comercio parisiense uno de los acontecimientos mas sorprendentes de la época.

Luego, cuando estuvo ya puesta en registro la libranza, y hubo pagado á M. de Grassins sus cuidados con una suma de cincuenta mil francos, que le habia encargado Eugenia, el señor presidente presentóse á la casa de Aubrion, y halló á Carlos en el instante en que se introducía en su gabinete confundido por su suegro. El viejo marqués acababa de declararle que su hija no le pertenecería en tanto que no hubiese satisfecho íntegramente á todos los acreedores de Guillermo Grandet.

El presidente le entregó al punto la carta siguiente:

PRIMO MIO.

El señor presidente de Bonfons está encargado de remitir á V. la libranza de todas las sumas debidas por mi tio. Se me ha hablado de quiebra, y he pensado que el hijo de un hombre que ha quebrado no podria tal vez desposarse con la señorita de Aubrion. Sí, primo mio, ha juzgado V. bien de

mi capacidad y de mis costumbres; yo nada tengo sin duda del mundo; no conozco sus cálculos, ni sus usos, ni sabria dar á V. placeres que V. desea encontrar en él. Sea V. feliz, segun las miras sociales á que sacrifica V. nuestros primeros amores. Para llevar á V. toda su felicidad, no puedo ofrecerle ya mas que el honor de su padre. Adios, siempre hallará V. una fiel amiga en su prima

Eugenia G.

No pudo menos de sonreirse el señor Presidente al oír la exclamacion de aquel ambicioso, asi que vió las libranzas.

—Nos anunciaremos recíprocamente nuestros matrimonios. ¡Vaya! con que V. se casa con Eugenia? es una buena muchacha.

Y luego, herido de repente por una reflexion luminosa, continuó:—Con que, es rica!...

—Sí, respondió el Presidente, con un aire so-carron, tenia veinte y un millones cuatro dias atrás, y ahora le quedan diez y nueve.

Cárlos contempló al Presidente lleno de admiracion.

—Diez y nueve... mill...

—Diez y nueve millones, sí señor. Desposándonos, vamos á reunir entre ella y yo ochocientas mil libras de renta.

—Bravo! querido primo, dijo Cárlos recobrándose un poco, podremos ayudarnos mutuamente.

—De comun acuerdo, dijo el Presidente. Aquí traigo una cajita que no debo entregar mas que á V.

Y dejó sobre la mesa el *necessaire*.

—Y bien, mi caro amigo, dijo al entrar madama de Aubrion, sin reparar en Cruchot, no pase V. cuidado por lo que le ha dicho ese pobrete de Aubrion; la duquesa de Margency le ha trastornado la cabeza. Se lo repito á V., Cárlos, nada podrá estorbar esta boda.

—Nada, madama, contestó Cárlos. Los tres millones debidos por mi padre fuéron pagados ayer.

—En metálico? preguntó la marquesa.

—Integramente, intereses y capital.

—Qué locura! exclamó madama. — ¿Quién es ese caballero? preguntó al oido de su yerno, al ver á Cruchot.

—Mi ajente de negocios, respondió en voz baja.

La marquesa saludó desdeñosamente á M. de Bonfons y salió.

—Nos ayudamos ya! dijo el Presidente, tomando el sombrero. Adios, querido primo.

—Se mofa de mí ese mequetrefe de Saumur! Casi me dá ganas de meterle seis pulgadas de acero en el vientre.

El Presidente habia partido. Tres dias despues M. de Bonfons de vuelta á Saumur publicó su ca-

samiento con Eugenia, y de allí á seis meses fué nombrado consejero en la audiencia de Angers.

Antes de partir de Saumur, Eugenia hizo fundir el oro de aquellas joyas tan largo tiempo preciosas á su corazon, y las empleó así como los ocho mil francos de su primo, en un sagrario de oro, de que hizo un regalo á la parroquia en que habia rogado tantas veces por él.

En adelante pasó el tiempo entre Angers y Saumur. Su marido, por haber mostrado gran zelo en una circunstancia política, ocupó la presidencia de cámara, y despues en fin, al cabo de tres años, llegó á ser primer presidente. Esperó con impaciencia la reeleccion jeneral á fin de ocupar un lugar en la cámara de diputados. Ambicionaba ya el ser Par, y entonces... entonces....

—Entónces, el rey será su primo, decia Mariana, la buena Mariana, madama Cornoiller, ciudadana de Saumur.